

LA PESTE DEL OLVIDO

De María Marull

Todavía me alcanzan las palabras para hablar por teléfono cuando nadie me ve. Tengo conversaciones enteras con las personas.

Hola, ¿Me podés traer unas mandarinas para guardar en la heladera? A veces siento que doy más detalles de los que se me piden. Me podés traer un kilo de mandarinas, color naranja. Que son parecidas a las naranjas pero tienen un sabor más dulce. Una fruta que crece de un árbol. Cuando era chica comía muchas mandarinas, las abría como una peluca y chupaba el jugo. ¿Hola? ¿Hola? Mario. Sí, Mario. Tengo anotado el nombre del verdulero.

Esto lo aprendí de la novela que no recuerdo el nombre, cuando llegó a Macondo la peste del insomnio y la memoria.

No me parece tan grave ese virus. Porque yo sueño tengo, lo que me olvido son los nombres, por eso anoto. Es lindo olvidarse de las cosas y estar despierto. Porque estar despierto y recordar es tremendo.

No quiero recordarte más. Porque me hace llorar la ausencia. Prefiero estar nueva, como recién nacida, sin sueño y sin memoria. Con todo para aprender. Tus ojos celestes que se abrían mucho pero eran siempre chiquitos. Ya se que vos no tenías ojos celestes, pero mi gato sí.

Vos, hija, tenías tu pelo enulado. Te paso el peine fino y nos peleamos por aplastar los piojos en la bacha del baño. Cómo adoraba aplastar los piojos en la bacha, era lo único que podía matar.

Abrazarte cuando llorabas. No tengo ninguna foto de ese momento, pero no lo voy a anotar porque eso no me lo voy a olvidar. Anoto lo que se olvida fácil. El nombre de las cosas que uso. Las cosas que miro con los ojos. Los ojos que se posan en tantas cosas muertas.

¿Ahora? Nada. Ahora miro la ventana esperando que el día me traiga algo. Miro las plantas del balcón. Palos sin flores. Como si alguien o el tiempo se las hubiera llevado. El tiempo que se lleva todo. Menos lo que escribimos, eso queda. Aunque nadie lo lea. Aunque cambie de formato. Queda. Por eso me gusta escribir en papelitos para no olvidarme. Y hago trampa. Sí, aprovecho para anotar otras cositas. Que nunca existieron pero me gustaría recordar. Me hubiera gustado vivir con más magia. Creer que la luna podía transformarse en otra cosa. Que mi gato se haya convertido en una planta y que me mira aunque no florezca.

A veces le pregunto a mi gato, ¿qué ves en mí? Cómo no te caes al vacío cada vez que te apoyas en mí. Cómo no te nublas cada vez que me mirás. Soy un pozo a veces. Un aljibe. El sol se me ha ido yendo. Estoy triste. No ronroneo hace mucho. Mi casa es un aguatero. Un desencuentro. Un cúmulo de cosas y papelitos anotados. Y vos te tiras en mí como si yo fuera una playa. Una plaza. Una manta al sol para tomar aire y oler a hojas. Y soy solo una contractura gigante que no tengo nada. Ni lágrimas tengo. Porque no tengo tiempo de llorar. Soy un aljibe.

Aunque las cosas importantes las seguimos viendo aun cuando no están, aun cuando no sabemos nombrarlas. Como mi gato, ya me voy a acordar su nombre, que lo veo

caminando por la casa, hago movimientos para esquivarlo, abro la puerta del balcón con cuidado para que no se me escape cuando salgo a regar las plantas. Lo escucho maullar cuando pongo la llave en la puerta porque siempre me está esperando. Lo siento en mi almohada, arriba mío, con su peso siempre más liviano que mis problemas y mi respiración.

Como mis hijas que ya no están porque se hicieron grandes y las sigo despertando a la mañana, eligiendo el cachete tibio que está pegado a la almohada, y soy joven todavía, y ellas crecen mientras yo estoy ocupada en tonterías. El día se me llena de problemas chiquititos e insignificantes como imanes de heladera, con datos que nunca uso. Y su presencia nunca me alcanza para que la casa esté ordenada y con olor a mañana.

Pero ellas están, aunque no sepa su nombre ni sus gustos, aunque quizás no coman más carne ni tengan el pelo enredado. Aunque tengan sus hijas y les estén sacando piojos.

Todavía veo la valija llena de cosas apretadas y con su nombre, aunque no llegue a leerlo, para irse de campamento o de viaje con sus amigas y leo los mensajes que dicen mamiiii, así con muchas íes, siempre pidiéndome cosas mientras yo estoy en el supermercado o en el medio de un ensayo o en la nieve o en la luna y me escribe diciendo que al final va a ir a lo de otra amiga porque esa le dijo que no le caía bien y ella llora en el baño mientras yo le miento por teléfono y le digo que no se preocupe, que al final siempre todo se resuelve.

Y la vida pasa, y el tiempo pasa mientras la gente pierde pelo y los dientes se arruinan y nada vuelve, porque si volviera ¿Quién iría a recibirlo? Pero todo está ahí, suspendido en el aire aunque no sepamos nombrarlo. Está ahí como el olor a la comida en una casa, como la ropa que se llena de humo después de los asados, somos eso. No importa no saber los nombres de las calles, las calles son siempre las mismas.

La calle donde buscaba el sol porque en mi departamento no entraba, con el cochecito envuelto de plástico y te movía y perseguía el sol para que algo tibio me toque, porque había entrado en esos días de ser madre y no saber qué hacer con mi cuerpo y con el tuyo que lloraba, mientras yo te abrazaba y deambulaba por la casa y me olvidaba que tenía una vida y un nombre. Vos todavía no tenías nombre, porque faltaba ponernos de acuerdo con tu padre, como si vos fueras también de él. Qué disparate, consultar todo, hasta que después fuiste solo mía y después de nadie, y ahora quien sabe. Ojalá seas tuya.

Voy a estar también un día entre tus cosas olvidadas, vas a anotar todas las cosas de tu casa como yo hago ahora, algunas ni siquiera vas a recordar que son o fueron mías, como me pasa con el colador que heredé de tu abuela. Pero voy a estar como el olor a humo, en el olor a humo, en las canciones que escuches en tu casa o que un día sueñen en la radio de tu auto y te resulten familiares, o voy a estar en tus sesiones de terapia, como la persona que no te supo ver porque que estaba tapada de cosas, de cosas y después de obligaciones, y después de problemas y después de nombres que para nada sirven. La lista del supermercado, los impuestos que tenemos que pagar, las vacu-

nas que no te di, los chequeos que no me hice, los piojos que no te saqué, las uñas que no te corté, las canas que no me teñí, los besos que no di, los ratos que no te miré.

Me haría una frazada con todos los momentos que te miré dormir, con los que te escuché reír, me haría un perfume. Me hubiera gustado mirarte más.

Posar mis ojos en tu cara, en tus pecas cuando iban apareciendo, en tus pies que iban creciendo, en tu ropa chica del placad que no saque a tiempo, en tu risa, en tu llanto. Estar ocupada en el silencio de mirarte dormir en vez de abrir los ojos y agarrar la lista y pensar en todo lo que tengo que hacer y en lo que no hice. Mirar las plantas que se secan y descubrir quién se llevó las flores y dejar las luces prendidas a la noche, no tender la cama y ser yo mas esa, con vos. Para hoy tenerte de nuevo acá, aunque no recuerde tu nombre, y decirte, sí, miremos una película juntas, abrazadas. Perdamos el tiempo, o ganémoslo, quién sabe. No nos bañemos, yo también soy chiquita y extraño a mi gato. Y no se hacer las cosas bien.

No se hacer nada, solo estar acá, sabiendo que esto ya no existe, o que es un ratito nomás. Esto si lo voy a anotar porque eso quisiera recordarlo.

¿Cómo dije que te llamabas? No me digas, no me digas. No, no me acuerdo, pero el día que naciste dejaste de llorar cuando te apoyaron en mi pecho. Mientras escuchaba el latido de mi corazón acelerado entre los médicos, de golpe dejaste de llorar sin que yo pueda agarrarte siquiera porque estaba atada a la camilla. Te apoyaron en mi y dejaste de llorar. Como si al nacer te hubieran desconectado y vuelto a conectar a mi un ratito más, en el primer instante que te apoyaron en mi piel. Fueron unos segundos de silencio donde sentí por primera y única vez que tenía una magia. Un poder. Un superpoder. Ahora pienso que ese superpoder es mejor que volar o ser invisible. Porque invisibles somos todos.

No, esto no lo voy a anotar porque no lo voy a olvidar nunca. Eso ya lo sé.

Mi gato Hugo

Abro la ventana y veo edificios
ventanas que otros abren
balcones que alguien limpia
cables que salen sin ritmo hacia el aire
plantas que desafían las redes para niños.
Un perro blanco recorre el balcón de mi vecino se sienta al sol mirando hacia una esquina.
Cierro la ventana y miro a mi gato
que busca todos los rincones luminosos.
A veces creo que le alcanza
mi departamento,
mi almohada,
mi mano que le limpia las piedritas y le abre la bolsa de comida
mis pantorrillas que están a la altura de sus ojos,
mis ojos que se posan de tanto en tanto en su pelo marrón, después de haber mirado
tantas
insignificantes
cosas.

María Marull (Argentina). Nació en Rosario. Es escritora, dramaturga, actriz y directora de teatro. Escribió y dirigió las obras La Pilarcita, multipremiada y actualmente en su novena temporada; Hidalgo; Soy Hebe Uhart; Mi verano; Bar Roma. Junto a Paula Marull realizó Espacios Gemelos; La mujer de vidrio; El sueño de Rosita; Los encuentros, Teatro en casa. Lo que el río hace, escrita, dirigida y actuada por

ambas, ganadora de los premios Radio Cultura Francia 2022, EEBA, Premio Talía de la academia de artes escénicas de España mejor Obra Latinoamericana, Trinidad Guevara 2023 mejor autoría y actuación, María Guerrero mejor autoría, fotografía y actuación 2023.